BIBLIOTECA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO
POR
F. S. y S.
XXXV.
Pero ¿de veras os parece
que hemos de resucitar?

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁS

PERO ¿DE VERAS OS PARECE

E HEMOS DE RESUCITAR?

ómo si me lo parece, amigo mío?
No me lo parece, sino que lo ten-
por indiscutible verdad, una de las
s importantes que enseña la fe cris-
na; dogma revelado que profesamos
católicos todos y que declaramos
ando en las últimas palabras del
do decimos: *Creo... en la resurrec-*
n de la carne y en la vida perdurable.
yo y tú y todos, buenos y malos,
enes y viejos, hombres y mujeres,
mos de resucitar al fin de los siglos;

hemos de levantarnos del polvo y corrupción de nuestras sepulturas, en verdadera carne y huesos como andamos hoy, volviéndose á unir á ellos nuestra alma, que ya sabes no se entierra con el cuerpo, por más que digan otra cosa y aparenten creer los infelices materialistas. Sí, resucitaremos, ó mejor, nos resucitará Dios. Y de eso tiene El empeñada palabra muy seria y muy formal en varios lugares de la Sagrada Escritura.

—Podéis bien ahorraros el trabajo de citarlos, porque los recuerdo perfectamente. Pero, la verdad es que á la recta razón se le hace muy duro creer todo eso, y yo quisiera veros un poco en ese terreno que á mí y á muchos nos satisface más.

—Perfectamente, amigo mío: aunque á un buen católico le satisface mil veces más una declaración de Dios y

de su Iglesia que todas las razones habidas y por haber, no tengo inconveniente ni lo tiene ella en bajar á ese terreno, donde como en todos tiene de antemano asegurada la victoria. Ya sabes lo que se dice, que «á un buen pagador no le duelen prendas.» Escucha una historia que te voy á contar.

Hace ya algunos años, era yo todavía simple estudiante, y hube de verme un dia en la dolorosa necesidad de acompañar hasta la última morada á uno de mis amigos, muerto en temprana edad. Era numeroso el cortejo, y se despidió, según estilo, á la puerta del fúnebre recinto; pero los más allegados no nos dimos allí por despedidos, sino que quisimos presenciar hasta lo último el acto de la inhumación. Tres ó cuatro de los más íntimos de la familia rodeábamos el ataúd que iba á encerrarse en uno de los nichos

que en inmensas hileras forman calles y barrios en el vasto Campo santo de Barcelona. El sepulturero andaba ocupado en la operación previa de quitar del nicho las tablas de otro ataúd depositado allí diez ó doce años antes, arrimando á un lado como se usa, los huesos mondos y secos del antiguo huésped, para hacerle plaza al recién llegado. Contemplábamos meditabundos esta lúgubre faena los allí reunidos, cuando uno de los presentes, joven cursante de medicina, según supe después, tomando en sus manos uno de los huesos pelados que se le había caído de las manos al sepulturero, acercóseme y me dijo con aire de quien caza muy largo: «Pero, señor, V. que sabrá esas cosas, ¿de veras le parece que *eso* ha de resucitar?»

Miráronnos los circunstantes, con sorpresa todos, con indignación algu-

no, al oir profanado el lugar de la muerte con bravatas de incredulidad; con curiosidad los más, aguardando la contestación que diera yo al imprudente provocador.

Era preciso contestar á tan brusca como inoportuna interpelación, y contesté:

—Sí, señor, le dije con calma y aplomo. Creo firmemente que *eso* ha de resucitar.

—Pues á mí se me hace difícil comprender cómo puede hacerse el milagro.

—Milagro dice V., y dice bien, pues por de contado se supone que obra como esa no ha de ser natural, sino milagrosa. Y por que es milagro es no sólo difícil, sino imposible de explicar á satisfacción, porque lo superior á las leyes ordinarias, no es capaz de comprenderlo la pobre razón humana.

—Entonces admitís buenamente el absurdo. ¡Lo sabíamos!

—Ya pareció la palabrita, ¡válgame Dios! Nó, hombre, nó. Lo oscuro habrá querido decir V. tal vez por equivocación. Lo oscuro, sí; lo absurdo nó. El teorema más claro de geometría es absolutamente oscuro para el rústico patán, que no está á la altura de aquellos conocimientos, al paso que es verdad clarísima para V. que los posee. Lo cual prueba que aquel teorema es en sí clarísimo y evidente, y que su oscuridad mayor ó menor no está en él, sino en los alcances más ó menos cortos de quien ha de comprenderlo. Así algunas verdades de la fe son oscuras é incomprensibles para el hombre, que es aquí en comparación de ellas mucho menos, infinitamente menos, que un rústico patán en comparación de los problemas de geometría.

Evidentes lo son para Dios, que las conoce por completo, y clarísimas serán lo para nosotros en el cielo, cuando á favor de la luz de la gloria se nos habrá mejorado la potencia intelectual.

—¡Hombre! como con un lente se alarga la vista, querrá V. decir!

—Sí, señor, como con un lente, aunque V. haya sacado por burla la comparación. No es sino muy exacta. Que el corto de vista no alcance á ver los objetos á distancia, no prueba que ellos no existan, sino que al infeliz no le llega la vista hasta allá. Denle un lente apropiado á su necesidad, y los verá perfectamente. Así, amigo mío, el que V. ni yo no comprendamos esas cosas, no es razón para deducir que no sean ciertas; lo que hay, sí, es que no llega allá nuestro ojo humano, y hay que esperar lo ayude Dios con los

lentes, sí, señor, con los lentes de la eternidad, mientras por de pronto nos da fe de lo que no vemos la autoridad de la Revelación, que es su propia palabra.

—Pero la verdad es, prosiguió mi interlocutor, que ahí en este asunto de la resurrección de los muertos es donde se hace más difícil prestarle á Dios ese crédito á oscuras, esa fe que les exige á los católicos la Religión.

—Al revés, amigo mío, al revés, y eso me prueba que ha dedicado V. en toda su vida muy pocos minutos á reflexionar sobre estas materias. Si hay misterio alguno que se presente fácil á la humana inteligencia, es precisamente ese. Casi de puro claro dejaría de ser misterio. Oigame V. y falle luego sin pasión.

¿No es Dios quien ha construido nuestros cuerpos y ha unido á ellos

nuestras almas? Importa poco el medio: háyalo hecho El mismo como en el primer hombre, ó por mediación de otros como en los restantes, procedemos de El y cabe siempre decir que somos obra de sus manos. Si, pues, El nos ha construido una vez, ¿no podrá acaso reconstruirnos otra, y ciento y mil? ¿Qué dice á esto la razón humana? La razón humana debe decir que sí.

Es V. arquitecto, y procede á la restauración de un precioso monumento que por los años se vino abajo. Recoge V. una á una las piezas de sillería que andan por allí esparcidas,—esto lo ha visto hacer V. pocos años atrás en Barcelona con una de sus iglesias; —las numera V. para reconocer su orden, vuelve V. á emplazar los cimientos, alza V. de nuevo las paredes, traba V. de nuevo los arcos, cierra V. de nuevo las bóvedas, y cate V. un

edificio muerto y resucitado. Y lo que hace en sus obras chicas ó grandes la criatura, ¿no podrá hacerlo con la obra de su poder infinito el Criador?

Advierta V. que convienen los químicos en que la materia no se aniquila al destruirse un cuerpo; no hace más que transformarse. De los átomos que componen el cuerpo de ese amigo nuestro que vamos á sepultar (piedras numeradas de ese edificio que ha querido demoler Dios para reconstruirlo en su día), de esos átomos, digo, que componen ese cuerpo, ni uno solo se perderá; permanecerán en el mundo sin aniquilarse, hasta el día en que, á una señal del supremo Arquitecto, vuelvan á reunirse en la forma y organización que tuvieron ayer. La voluntad de Dios hará que se le junte el alma á ese conjunto de átomos otra vez reunidos en la forma que tuvieron,

y mi hombre se pondrá en pie como V. y yo en esos momentos. ¿Puede ó no puede hacer esto la omnipotencia de Dios?

Duda V. de la resurrección de los muertos, y ahora mismo y siempre de continuo está V. resucitando. Sí, caballero; según enseñan las más adelantadas teorías fisiológicas, el hombre es un sér que sin cesar está renovándose, de suerte que su carne de hoy no es ya en rigor su carne de ayer; de suerte que no hay en mí molécula alguna de las que habia un tiempo atrás; de modo que continuamente está V. muriendo y continuamente resucitando, ya que continuamente deja V. de ser lo que fué y va empezando á ser lo que no ha sido. Por donde los antiguos filósofos, que sabian de muchas cosas, y de éstas sobre todo, más que nosotros, decian ya

en los tiempos de Maricastaña que *conservatio est continuata creatio: la conservación es una continuada creación.* Lo cual aplicado á nuestro asunto podríamos muy bien modificar diciendo, que la conservación del sér orgánico es una continua reparación de una continua destrucción, es decir, es una continua resurrección de una muerte también continua. Pues bien. Lo que por los medios comunes y naturales anda haciendo con cada uno de nosotros á todas horas, y como á la larga, la mano de Dios, ¿no podrá hacerlo un día con medios extraordinarios y sobrenaturales con todos juntos y en un momento dado?

Así le contesté á mi interlocutor, y enmudeció el guapo. ¡Vaya que la incredulidad se atasca en muy poca cosa! ¡Si creerá que no tiene Dios más poder del que cabe en sus flojas en-

tendederas! «Dios, dice, no puede resucitar los muertos, porque yo no comprendo como eso se pueda hacer.» Callad, tontos, callad, que con eso no haséis más que poner en evidencia lo profundo de vuestra tontería. Si esto fuese cierto, deberíamos empezar por negar todo lo que pasa aun en el orden natural, supuesto que de eso tampoco entendéis jota por muy sabios y por muy ilustrados que os pintéis. Es falso que nazcan hombres en el mundo, porque ni vosotros ni nadie llegó á comprender jamás el misteriosísimo misterio de la generación. Es falso que produzcan trigo los campos, porque nadie, que yo sepa, por afamado naturalista que sea, ha sabido dar razón de cómo germinan las plantas. Es falso que pienses tú y te muevas, y comas y hables, porque la verdad es que el secreto último de esas tus ope-

raciones, de la unión de tu alma con tu cuerpo, de la influencia mutua del uno en el otro, son problemas cuya explicación está aún por descubrirse, y es probable que tardará. De todas las cosas de este mundo visible y tangible sabemos el *qué*, pero ignoramos el *cómo*, así que se trata de ahondar algo en su íntimo sér; ¿y no será insensato, de puro presentuoso, quien presuma que ha de conocer á fondo todo el *cómo* de las cosas del orden superior? ¿no es insufrible fatuidad decirle á Dios: Yo no creo que Tú, omnipotencia infinita, puedas hacer tal cosa, porque yo, miserable corto de vista, no alcanzo á vislumbrar *cómo* la vas á poder hacer?

Sí, resucitarás, amigo lector, y todos los que, como aquel mi contrincante del cementerio, nieguen este dogma de fe, resucitarán también á

pesar suyo. Resucitarán todos, buenos y malos; los unos para asociar su cuerpo á su eterna felicidad; los otros para hacerlo partícipe de su eterna desventura. El mar y la tierra devolverán aquel día los cadáveres que fueron sepultados en su seno; la mano de Dios congregará las piezas dispersas de esta máquina, que sólo El ha podido con su voluntad montar; y luego desmontar para más tarde volver á montarla. No ha de ser menos Dios que cualquier mecánico vulgar de los que hacen cada dia tan sencilla operación. Y volverá tu alma á animar tu cuerpo y á darle calor, vida, habla, pensamiento. Tal es la fe cristiana, tal ha sido la fe de todos los siglos, aun en medio de la gentilidad. El infeliz Job se consolaba del mísero estado á que se veía reducido, cubierto de llagas, manando por todas ellas podre y corrupción, dicien-

do con el acento de la más firma seguridad: *Creo que vive mi Dios Redentor, y que en el dia postrero he de resucitar de la tierra, y otra vez he de verme cubierto de mi piel, y con mi prop he de ver á mi Dios. Y he de se mo quien le veré, y no otro, y ser estos mis ojos y no otros los que han de mirar. Esta esperanza tengo depositada en mi corazón.* (Job, XIX).

Esta ha de ser, amigo mio, tu fe, esta tu seguridad, esta tu inquebrantable esperanza.

A. M. D. G.